

ve años, su *ombligo* y su *prepucio* (1). Hasta las cosas imposibles de coger se han conservado: mostrábase en una cajita, que era preciso preservarse de abrir, el *hálito* de Jesucristo, guardado cuidadosamente por su Madre desde que era niño.

¿Preguntaremos á los que hacían oficio y mercancia de estas santas reliquias cómo llegaron á sus manos? Las leyendas que atestiguan la autenticidad de las reliquias son tan curiosas como las reliquias mismas. *Enrique Estienne* refiere la historia de la *sangre de Jesucristo*: "Cuando Nicómedes descolgó á Nuestro Señor de la cruz, recogió sangre de éste en un dedo de su guante, con el cual hacía muchos y grandes milagros. Perseguido á causa de ello por los Judíos, deshízose de la reliquia apelando á una invencion maravillosa; y fué que, cogiendo un pergamino donde escribió todos los milagros y cuanto pertenecía á este misterio, metió la sangre con este pergamino dentro del pico de una grande ave; y despues de liarlo lo mejor que pudo, lo arrojó al mar, encomendándolo á Dios, el cual quiso que mil ó mil doscientos años más tarde, despues de haberse paseado por todos los mares de Levante y de Poniente, arribára el santo pico á las costas de Normandía, donde, arrojado por el mar entre unas malezas, sucedió que un duque de Normandía, yendo por aquellos cuarteles á la caza del ciervo, no supo qué se hicieron ni el ciervo ni los perros, hasta que se aperció de que estaba de rodillas en un matorral y los perros á su lado, quedos y de rodillas tambien (algunos cuentan que decían sus horas). Excitó esto de tal manera la devocion del buen duque, que hizo inmediatamente desbrozar aquel lugar donde el preciso pico fué encontrado, siendo esta la causa de que fundára la abadía llamada hoy por tal razon *abadía del Pico*; y tanto se enriqueció, que bien puede decirse que era un pico que alimentaba muchos vientres," (2).

No ménos célebre que la santa sangre es la *santa lágrima* de Vendôme. Tenemos en este punto la ventaja de apoyarnos en la autoridad de los religiosos benedictinos que hicieron imprimir un libro intitulado: *Historia verdadera de la santa lágrima que Nuestro Señor lloró sobre Lázaro, cómo y por quién fué traída al monasterio de la Santa*

Trinidad de Vendôme, junto con muchos bellos é insignes milagros producidos durante los seiscientos treinta años que hace que fué milagrosamente consagrada en este santo lugar. Un teólogo católico se ha tomado el trabajo de refutar lo que llaman los benedictinos pruebas de su milagrosa reliquia: basta exponer este increíble hato de simplezas para cubrir de ridículo á los benedictinos y su reliquia. Dicen que la *lágrima de Vendôme* es una de las que derramó Nuestro Señor por la muerte de Lázaro. Un ángel la recogió, la puso en un pequeño vaso, donde se la ve al presente todavía, encerróla en un segundo vaso un poco mayor y la dió á la Magdalena. Trájola ésta á Francia, cuando fué conducida al puerto de Marsella con su hermano Lázaro, su hermana Marta, San Maximino y San Celedonio. Cuando la Magdalena sintió llegar su bienaventurada muerte, hizo llamar á San Maximino, obispo de Aix, y le dejó la *santa lágrima*, que éste guardó cuidadosamente mientras vivió. Hizo todavía la *santa lágrima* muchos viajes ántes de llegar á buen puerto. Transportada á Constantinopla por los Griegos, quedó allí hasta por el año 1040, que fué la época de la fundacion del monasterio de Vendôme. Aquí se enlaza la *santa lágrima* con los sucesos históricos; pero los hechos están de tal manera desfigurados por la torpeza ó la ignorancia de los legendarios, que salta á la vista la fabricacion de toda la leyenda. *Thiers* concluye diciendo que la historia de la *santa lágrima* es apócrifa y fabulosa, y el honrado teólogo añade que no se deben consentir falsedades so capa de devocion (1).

¿Qué hay que admirar más, la simpleza humana ó la impudencia de los que de ella abusan? Diríase que, cuanto más monstruoso es un fraude, más dispuestos se hallan los hombres á prestarle fe. Un abad del siglo XII nos dirá cuál era el móvil de estas santas imposturas: "Las falsedades, dice *Guibert de Nogent*, que se esparcen diariamente con una avilantez sin igual no tienen otro fin que saquear los bolsillos de las gentes crédulas," (2). En vano condenó el concilio general de Letran esta vil codicia; los fraudes piadosos se han seguido cometiendo hasta los tiempos modernos. Hacia el fin del siglo XVII escribe *Thiers*

(1) GUIBERTUS, *de pignoribus sanctorum*, II, 1.

(2) HENRI ESTIENNE, *Apologie pour Hérodote*, c. XXXVIII, § 4.

(1) THIERS, *Traité des Superstitions*, t. I, p. 98; t. II, páginas 398-403.

(2) GUIBERTUS, *de pignoribus sanctorum*, lib. II, c. II, § 5.

que, á despecho de los concilios, hacen monjes ricos y de pingües rentas un *vergonzoso tráfico de reliquias* inciertas, supuestas ó *absolutamente falsas*. "La *fabulosa lágrima de Vendôme*, añade el teólogo frances, produce, en los malos tiempos que atravesamos, de tres á cuatro mil libras de renta en evangelios, en misas, en novenas, en presentes, en oblaciones y en otra clase de sufragios. Los monjes de S. G. D. P. ciñen á las mujeres embarazadas con un cingulo de Santa Margarita, cuya historia no podrian contar sin exponerse á la risa del mundo sabio; y, sin embargo, aseguran á estas mujeres que saldrán felizmente de su embarazo por la virtud milagrosa del cingulo. En esta seguridad hacen ellas oblaciones y presentes á su capilla de Santa Margarita, y se hacen decir evangelios y misas cuyas retribuciones recaen en provecho del monasterio, que es uno de los más ricos del reino," (1).

Hé ahí el lado odioso de las reliquias, que todavía affigen bajo otro aspecto. La veneracion de las reliquias conduce á un verdadero fetichismo. Si esta repugnante supersticion hubiera de perpetuarse, sentiríamos, en verdad, con el emperador Juliano, que la humanidad haya desertado de los altares de los dioses poéticos de Grecia para prosternarse ante restos de muertos. La Sagrada Escritura autoriza, sin embargo, la creencia de las reliquias; en los *Hechos de los Apóstoles* se lee: "Y Dios hacía milagros extraordinarios por las manos de Pablo, en términos que se aplicaban á los enfermos los pañuelos y telas que habían tocado su cuerpo, y los enfermos sanaban y los espíritus malignos salían de ellos," (2). No dudan los Padres de la Iglesia de la realidad de los milagros operados por huesos; San Agustín vacila únicamente en punto á la manera cómo se cumplen; no sabe si es Dios quien directamente los produce por la intercesion de los bienaventurados, ó si cooperan á ellos los ángeles y los mártires (3). ¡Así, la supersticion, aún en lo que tiene de más estúpido, se enlaza á la revelacion! Y lo que es todavía más triste para el orgullo de la razon humana: ¡un San Agustín ha prestado fe á tales ineptias! Pero no rebajemos demasiado la razon: si es débil é imperfecta, es tambien perfectible y progresiva; y nada lo prueba

mejor que la historia de las supersticiones. Hombres de gran genio han participado de creencias de que bien pronto se avergonzarán los niños. Que no se venga ya, pues, á oponer la autoridad de los grandes hombres, con el fin de encadenar lo presente y lo porvenir á la doctrina de lo pasado; cada edad tiene su parte de errores, de los cuales no se libran los más elevados espíritus. Hubo nobles inteligencias que creyeron en las fábulas del politeísmo: ¿bastaría su autoridad para hacer volver al género humano á los altares de Júpiter y de Minerva? Si nada pesan los errores de los sabios de la antigüedad, por ser contrarios á la razon, ¿por qué habían de tener más autoridad las preocupaciones cristianas?

III.—*Los falsos milagros.*

Los milagros juegan un papel importante en la historia del cristianismo: son las pruebas por excelencia de la revelacion. Nunca fueron más frecuentes que en la Edad Media: reliquia hubo que hizo más prodigios que el mismo Jesucristo, el Hijo de Dios. Gran parte tuvieron en estos tristes extravíos la ignorancia y la credulidad; pero con ellas se mezclaron tambien móviles más culpables, el fraude y la codicia. Imposible es dudar de ello, aún colocándose bajo el punto de vista de la Iglesia; porque ¿á qué tendían las falsas leyendas inventadas por los monjes, á qué las falsas reliquias de los santos? Á provocar la devocion y á traer las ofrendas de los fieles. Supongamos que los milagros se concilian con las leyes inmutables de la naturaleza; pero ¿se concibe que trastorne Dios estas leyes para proteger la mentira y la estafa? Ya en el siglo IX vituperó un concilio á los obispos que hacían servir los milagros á su avaricia (1). *Amulón*, obispo de Lyon, nos enseña lo que pasaba. Dos monjes depositaron en la iglesia de San Benigno de Dijon reliquias que habían traído de Roma; y cuando se les preguntó el nombre del santo, respondieron, ¿era simpleza ó impudencia? que lo habían olvidado; y, sin embargo, aquellos huesos desconocidos no tardaron en hacer milagros. Caían las mujeres como heridas del rayo, sin que se pudiera notar en ellas ninguna enfermedad. El arzobispo de Lyon dice que estos pretendidos prodigios se

(1) THIERS, *Traité des superstitions*, t. I, p. 97 y siguientes.

(2) *Hechos de los Apóstoles*, XIX, 11, 12.

(3) AUGUSTIN., *De civitate Dei*, XXII, 9.

(1) *Concilio de Aquisgran*, L. I, c. 38.

debían al fraude: "Yo mismo, añade, he sido testigo de este género de supercherías; yo he visto clérigos que excitaban á miserables á simular curas milagrosas con el fin de llenar su bolsillo; yo he oído á demoniacos confesar sus culpables artificios, excusándose con su pobreza; otros enseñaban cicatrices á las gentes sencillas, y estas llagas artificiales atraían masas de devotos y ricas ofrendas," (1).

Los fraudes eran cosa corriente; un honrado agiógrafo del siglo XI lo confiesa. En la vida de San Godardo, escrita por su discípulo, se lee: "Véanse TODOS LOS DIAS gentes que van de una iglesia á otra, haciéndose pasar por ciegos, impedidos ó endemoniados; se arrastran por las gradas de los altares ó sobre las tumbas de los santos, y después se dicen curados, SIMULANDO MILAGROS PARA ATRAER LAS LIBERALIDADES DE LOS FIELES," (2). No eran siempre monjes oscuros los que se hacían cómplices de estas supercherías; si hemos de creer á un ilustre filósofo, ni áun los mismos santos retrocedían ante la impostura. Abelardo acusa á San Norberto, en un sermón público, de haber hecho ó intentado fraudulentos milagros, y llega hasta á nombrar su cómplice. Una de las prácticas ordinarias de los falsarios era dar remedios naturales á los enfermos: si curaban, se daba como prodigio; y si no curaban, se decía que era culpa de su falta de fe (3). Un clérigo de la ciudad de Hal hizo muchos de estos milagros; cuidaba de administrar sus drogas cerca de la imagen de Jesucristo crucificado que había en la iglesia, y el obispo y el monasterio se repartían el provecho; con que así, sacerdotes y monjes celebraban á porfía las virtudes de la santa imagen; mas, por desgracia, el clérigo médico se fué de la ciudad, y cesaron súbitamente las curas milagrosas (4).

La sencillez de nuestros antepasados ha excusado estos fraudes llamándolos piadosos; la historia debe condenarlos como la más criminal de las imposturas. No estaba solamente el crimen en el empleo del fraude para atraer ofrendas; los fabri-

(1) AMULONIS, *Archiepiscopi Lugdunensis Epist. ad Episcopum Lingonensem (Bibliotheca Maxima Patrum, t. XIV, páginas 329-332)*.

(2) *Vita Godardi*, núm. 48 (MABILLON, *Act. Sanctor. Ord. Benedict.*, sec. VI, P. 1, p. 372).

(3) ABELARDI, *Serm. 31 (Op., p. 967)*.

(4) *Chron. Montis Sereni*, ad a. 1214 (MENCKEN, *Script. Ber. Germ.*, t. II, p. 343).—GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 78, nota c.

cadores de milagros eran, sobre todo, culpables, porque pervertían el sentimiento religioso. ¿Qué pensar de la devoción tan ponderada de aquellos buenos tiempos, cuando se ven hombres que pertenecían á las últimas clases de la sociedad hacerse cómplices de falsos milagros? ¿Qué debían pensar los fieles de la Iglesia y de la religión, cuando sorprendían á los monjes en estas farsas, dignas de nuestros jugadores de cubiletes? Se nos acusará de exageración; pero ¿se puede calificar de otro modo las supercherías que empleaban los cuestores de San Antonio? "Cuando encontraban la ocasión, dice Enrique Estienne, calentaban pequeñas cruces ó imágenes de cobre mientras la buena mujer iba á buscarles alguna cosa al granero ó á la despensa; y cuando ella volvía á ofrecerles su dón, hacíanle besar la cruz ó la imagen; y como la encontrara caliente, infundíanle un maravilloso temor, diciendo que el señor San Antonio mostraba así que no se contentaba con el dón que se le hacía y que estaba airado. Por cuya causa volvía la buena mujer á buscar con qué aumentar su dádiva, y al traerla encontraba ya fría la imagen, señal, decían, de que se había aplacado el señor San Antonio," (1).

Los más culpables entre los falsarios eran los que fabricaban milagros en apoyo de un dogma. De todas las creencias católicas, la que ménos puede de la razón aceptar es la transubstanciación, y es también la que tiene el clero más interés en afirmar, porque hace de los clérigos seres sobrehumanos, mostrándolos diariamente al pueblo como los órganos del más santo y del más terrible de los misterios. El fraude vino en ayuda de la dominación sacerdotal. Áun en las tinieblas de la Edad Media costaba trabajo á los fieles creer que un pedazo de pan se cambie en cuerpo de Jesucristo, y que un cáliz de vino se transforme en su sangre; pero cuando el Hijo de Dios viniera en carne y hueso á atestiguar la realidad de la transubstanciación, ¿cómo podía quedar duda? No escasearon los milagros, ayudando el fraude á la credulidad: es un grave doctor, *Alejandro de Hales*, quien lo atestigua (2). En los debates relativos á la Inmaculada Concepción quisieron también los dominicos forjar un milagro, no para acreditar el dogma,

(1) H. ESTIENNE, *Apologie pour Hérodote*, c. XXXIX, § 22.

(2) ALEX. HALES, *Summa theol.*, P. IV, quæst. 23, membr. 4, art. 1: "Hujusmodi apparitiones quandoque accidunt humanæ procuratione, et forte diabolica."

sino para contradecirlo. Sabida es la escandalosa historia de Berna, con las supuestas apariciones de la Virgen, que declaraba por sí misma que su concepción fué impura y con mancha, á que se juntaron los estigmas y demás aparatos ordinarios de estas farsas clericales; pero esta vez fracasó el milagro, gracias á la torpeza de los dominicos, que se dejaron sorprender en flagrante delito de impostura. Mejor éxito tuvieron los prodigios en favor de la Inmaculada Concepción. Basta leer estas necias leyendas para convencerse de que fueron la obra de los monjes: ya es San Buenaventura quien revela á un fraile menor que está en el purgatorio por haber negado la Inmaculada Concepción; ya San Bernardo quien aparece con una mancha, diciendo que procede de haber sostenido que la Virgen María había sido concebida en pecado original. Los favores que se suponía prodigaba la Virgen á sus adoradores excedían de los límites de la estupidez: no nos atrevemos á referirlos, porque la impureza se mezcla con la necesidad (1).

¿Qué pensar de la fe de la Iglesia en los misterios que predica, cuando se ve al clero recurrir al crimen para imponerlos á la credulidad de los fieles? Y no se vuelvan contra nosotros porque hacemos responsable á la Iglesia de las supercherías de sus ministros. Podríamos contentarnos con responder que ella se aprovechaba del crimen, y era, por consiguiente, cómplice; pero tenemos contra ella pruebas más positivas: sus jefes, los que se dicen infalibles, favorecían el fraude y lo cubrían con su autoridad. En el siglo XV reclamaron atrevidos sectarios el uso del cáliz; el concilio de Constanza negó á los legos un privilegio que los había igualado con los clérigos; mas, para dar satisfacción al pueblo, se cuidó de persuadirlo de que el pan consagrado encerraba juntamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo; y á fin de convencerlo por el testimonio de los sentidos y de aumentar la devoción, se inventó el milagro de la *hostia sangrienta*. La impostura era tan palpable, que el concilio de Magdeburgo (1412) se creyó en el deber de señalar el fraude al obispo de la diócesis en que se representaba esta piadosa comedia: "El pueblo, dicen los obispos, adora no sabemos qué sangre, aunque no hay sangre ni cosa que se le parezca; TENEMOS LA CERTIDUMBRE DE ELLO POR LA MISMA

(1) HENRI ESTIENNE, *Apologie*, c. XXXV, § 12-14.

CONFESION DEL SACERDOTE CULPABLE DEL FRAUDE. Lo cual no impide que se otorguen grandes indulgencias á los que van en peregrinación á Wilsnack, donde se ostenta la HOSTIA SANGRIENTA. LA CODICIA HA INSPIRADO Y PERPETUADO LA IMPOSTURA: SE HACEN MILAGROS POR DINERO, y todo se vende, hasta los certificados de curación que se expiden á los mendigos," (1). Precisamente porque estaba de por medio la avaricia no sirvió de nada la reprobación del concilio. Dos universidades declararon, hácia mediados del siglo XV, sospechosos los milagros de Wilsnack; los dominicos y los menores, acordes por la vez primera, condenaron el fraude; y por fin, un legado del papa, Nicolas de Cusa, prohibió las *hostias sangrientas*, acusando públicamente al clero de alimentar la superstición con falsos prodigios para explotarla en su provecho (2). ¿Cómo era que se mantenía este grosero engaño á pesar de la reprobación de los hombres más ilustrados? Porque la superstición había encontrado favor y apoyo en Roma. Eugenio IV otorgó indulgencias á los que hacían la peregrinación de Wilsnack, y prescribió medidas para la conservación de la *hostia sangrienta*. Nicolas V reprodujo las mismas disposiciones, y todavía en el año 1500 concedieron cuatro cardenales indulgencias á los peregrinos (3). Hé aquí, pues, para lo que sirve la infalibilidad del vicario de Dios: para cubrir con su autoridad fraudes patentes, para cultivar y explotar la superstición! Dirémos de la infalibilidad pontificia lo que hemos dicho de la revelación. No hay medio: para defenderla hay que santificar las piadosas supercherías que castiga el Código penal, ó hay que decir que la infalibilidad es una quimera, si no una impostura.

§ V.—La moral.

N.º 1.—El culto de la Virgen y de los santos.

La filosofía de la historia tiene un escollo: en fuerza de investigar las razones de las cosas, se llega á justificarlo todo, áun las supersticiones; y debemos prevenirnos contra una imparcialidad que

(1) Multa insuper ibidem dominatur avaritia... Ille vendit signa... Alius, si petatur pronuntiarum aliquid miraculum, petit pecuniam, etc.

(2) Sacerdotes, ob pecuniarum questum... per miraculorum publicationem populum allicitum et sollicitant.

(3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 145, p. 330-334.